

EDICIONES MINIMAS

CUADERNOS MENSUALES DE CIENCIAS Y LETRAS

DIRECTOR: Leopoldo Durán

ANATOLE FRANCE

CRAINQUEBILLE

RELATO EDIFICANTE

VERSIÓN CÁSTELLANA
DE L. RUIZ CONTRERAS

BUENOS AIRES •

1918

JUICIOS Y OPINIONES ACERCA DE LAS EDICIONES MÍNIMAS.

La grata visita se va repitiendo cada mes, desde hace ocho meses. Primero llegó, en verde ropaje, Almitiarte, pleno de vida sabia y vigor superhumano; luego Rabinraiah Tagore, traducido por Muzio Sáenz Peña, recitó a nuestros encantados oídos, baladas de amor; justo, el maestro en política, nos habló con claridad de temas graves; J. P. Calou, nos dijo sutilmente del amor y de los tristes y de una metafísica del sentimiento; y el filósofo chino Lao-tsé, traducido por Montagne, en habla misteriosa, nuevo oscuro Heráclito, de moral y metafísica; Rubén Darío, el Maestro imponderable, traza en "Cabeza" algunas siluetas de eminentes escritores americanos; Oscar Wilde, nos pinta con avargo pincel, y como él sabe hacerlos, sus impresiones de encarcelado y de la ejecución de un compañero de penas; y el cuaderno que nos acaba de llegar, trae siete cuentos de Lugones, amables como un hogar.

Es natural, entonces, que sintamos a la llegada de cada uno de esos breves cuadernos, un fuerte hábito de belleza, y nos aprestemos a saborear con fruición de su contenido.

Una vez más observamos lo que es capaz una inteligencia clara al servicio de una buena voluntad.

Que continúen esparciendo belleza por mucho tiempo las Ediciones Mínimas. G. B. «VERBUM» Mayo y Junio de 1916. Buenos Aires.



... lo felicita por la elección de la obra LA ORACIÓN DEL BUZO de Pipiai, verdadera joya en su género, perfectamente traducida por José Sánchez Rojas. E. HERRERO DUCLOUX. Museo de La Plata. 13. X. 1917.



... En su número 29, recientemente publicado, vemos "Páginas selectas" del inolvidable Martín Goycochea Menéndez. Se trata de algo que merece leerse con atención y simpatía. LA RAZÓN, julio 25 de 1918.



"PÁGINAS SELECTAS", de Goycochea Menéndez.—La biblioteca Ediciones Mínimas ha dado a publicidad en su fascículo núm. 29 una selección de composiciones poéticas de Goycochea Menéndez, bajo el título de "PÁGINAS SELECTAS". Son ellas, en efecto, páginas elegidas, páginas de rara distinción literaria, que el exquisito escritor cordobés produjo en su vida bohemia, espontáneamente, sin pensarlo, casi diríamos por enfermedad, como la concha marina produce perlas. Poeta extraño, en quien un psiquiatra jovial encontró una nueva dolencia nerviosa (la «cerebrastenia ambulatoria»), desapareció joven, llevándose muchas esperanzas. La reedición de sus obras más significativas es un homenaje digno de su memoria. LA NACIÓN, julio 27 de 1918.



EDICIONES MÍNIMAS.... Es ésta una pequeña biblioteca que merece difundirse. Sus elegantes cuadernos cuestan apenas veinte centavos y llevan mensualmente al espíritu del lector una buena palabra de verdad o de belleza. «Nosotros» Buenos Aires, marzo de 1916.

CRAINQVEBILLE. RE-
LATO EDIFICANTE,
POR ANATOLE FRANCE.

Crainquebille
1918

EDICIONES MÍNIMAS.
BVENOS AIRES. MCMXVIII.

DIBUJO
- 3c
DONNÍJ

3c
1918



En el recogimiento de su sala de trabajo, rodeado de preciosidades, Anatole France ha tejido la milagrosa urdimbre de sus novelas y de sus cuentos. El genio francés que Anatole France guarda, heredado de Voltaire, de los filósofos del siglo XVIII y de Renán, irradia en las más perfectas creaciones de su fantasía: *Crainquebille*, *Silvestre Bonnard*, el profesor *Bergeret*, el abate *Coignard* y el doctor *Onubile*. Antes de crear estas incomparables figuras de la literatura contemporánea, escribió versos de marmórea factura que publicó luego en dos volúmenes: *Poèmes Dorés* y *Les noces Corinthiennes*. Después, el artista puro de los poemas narnasianos tornóse en un filósofo sin sistema y sin exigencias. Aguzando sus facultades de crítico superiormente inspirado ha señalado los errores donde existen y descubierto las torpezas, las deformidades y los ridículos donde se pretenden esconder o disimular. El proceso Dreyfus movió sus sentimientos en favor del inculpado y batalló con una vehemencia y convicción tales que le inspiraron una serie de novelas que comprenden el título de *Histoire Contemporaine*.

Son cualidades esenciales del estilo de France la claridad, la fluidez, la sobriedad y la ironía, acompañadas por directos y vigorosos medios de exposición. Sus pensamientos son bellos y simples como la luz. Y su ironía corrosiva y demoledora, pero a la vez indul-

gente y resignada, obedece a una pura noción de verdad y a un impulso generoso de justicia. Su pluma se enternece ante los errores y las vicisitudes de los hombres. «Mi ironía — ha dicho el grande escritor en una de las horas memorables de su breve residencia en nuestro país —, no es muchas veces más que la expresión aguda de mi dolor, de mi ternura.»

Anatole François Thibault — Anatole France — nació en París el 16 de abril de 1844. Tiene actualmente setenta y cuatro años de vida que continúa aún siendo fecunda. L' Ile des Penguins, La Révolte des Anges y Les dieux ont soif, obras suyas realizadas en la vejez, testimonian la juventud de su espíritu. Y últimamente nos regaló un libro más, compuesto de hojas heroicas y conmovidas en las cuales ondula el estremecimiento de Francia sur la voie glorieuse...

CRAINQUEBILLE

. I

LA majestad de la justicia reside por completo en cada sentencia decretada por el juez en nombre del pueblo soberano. Jerónimo Crainquebille, vendedor ambulante, averiguó cuán augusta es la Ley, cuando fué citado ante la policía correccional, por haber insultado a un agente de Orden Público. Al sentarse en el banquillo de los acusados en la sala triste y magnífica, vió a los jueces, a los escribanos, a los abogados con sus togas, al ujier con su cadena, a los gendarmes, y detrás de una barandilla, las cabezas descubiertas de los silenciosos espectadores. Vióse a sí mismo sobre una tribuna muy alta, como si el solo hecho de aparecer delante de los jueces fuera para el acusado un funesto honor. En el fondo de la sala, entre los dos asesores, hallábase el presidente Bourriche. Las palmas de oficial de Academia brillaban en su pecho. Un busto de la República y un Cristo en cruz se alzaban sobre el pretorio, de manera que todas las leyes divinas y humanas estaban suspendidas sobre la cabeza de Crainquebille. Esto le horrorizó. Careciendo en absoluto de filosofía, no se preguntó lo que significaban aquel busto y aquel crucifijo, no tratando tampoco de averiguar si Jesús y la Patria en el Palacio de Justicia estaban de acuerdo. Era, sin embargo, asunto de reflexión, porque la doctrina pontificia y el dé-

recho canónico son contrarios en varios puntos a la Constitución de la República y al Código civil. Las Decretales no han sido abolidas, que se sepa. La Iglesia de Cristo enseña que sólo son legítimos los poderes que él ha conferido. Y la República francesa pretende no depender del poder pontificio. Crainquebille podía decir con alguna razón:

—Señores jueces: el presidente Loubet no es un ungido; ese Cristo suspendido sobre vuestras cabezas os recusa por boca de los Concilios y de los Papas. O está aquí para recordaros los derechos de la Iglesia, que anulan los vuestros, o su presencia no tiene ninguna significación razonable.

A lo cual el presidente Bourriche sin duda hubiera respondido:

—Acusado Crainquebille: los reyes de Francia siempre estuvieron desavenidos con el Papa. Guillermo de Nogaret fué excomulgado y no dimitió por tan poco. El Cristo del Pretorio no es el Cristo de Gregorio VII y de Bonifacio VIII. Será en todo caso el Cristo del Evangelio, que no sabía una palabra de derecho canónico y que jamás había oído hablar de las sagradas Decretales.

Entonces Crainquebille hubiera podido replicar:

—El Cristo del Evangelio era un demagogo. Por añadidura padeció un suplicio que desde hace mil novecientos años todos los pueblos cristianos consideran como un grave error judicial. ¡Le desafío, señor presidente, a que me condene en su nombre ni siquiera a cuarenta y ocho horas de cárcel!

Pero Crainquebille no se entregaba a ninguna reflexión histórica, política ni social. Permanecía estupefacto. La ostentación que le rodeaba le hacía formarse una idea muy elevada de la Justicia. Profundamente respetuoso y dominado por el terror, hallábase dispuesto a adoptar la opinión de los jueces acerca de su culpabilidad. En conciencia no se creía un criminal; pero comprendía muy bien lo poco que significa la conciencia de un verdulero ante los símbolos de la Ley y ante los ministros de la vindicta social. Ya su abogado le había convencido a medias de que no era inocente.

Una instrucción sumarial había monumentalizado las culpas que pesaban sobre él.

II

LA AVENTURA DE CRAINQUEBILLE

JERONIMO Crainquebille, verdulero ambulante, recorría las calles de la ciudad con su carrito, pregonando: “¡Coles, nabos, zanahorias!” Cuando llevaba puerros, vociferaba: “¡Manojos de espárragos!” porque los puerros son los espárragos de los pobres. El 20 de Octubre, al medio día, bajaba por la calle Montmartre y le salió al encuentro la mujer del zapatero Bayard acercándose al carrito de las verduras. Cogió desdeñosamente un manojó de puerros, y dijo:

—No valen gran cosa esos puerros. ¿A cuánto el manojó?

—A setenta y cinco céntimos, señora. Son de los mejores.

—¿Setenta y cinco céntimos tres puerros indecentes?

Y tiró el manojó dentro del carro, haciendo un gesto de repugnancia.

Entonces el agente núm. 64, acercándose a Crainquebille, le dijo:

—No se detenga.

Crainquebille andaba de la mañana a la noche desde hacía cincuenta años, y aquella orden le pareció legítima y respetable. Disponiéndose a obedecer, instó a la burguesa para que comprara lo que más la conviniese.

—A condición de que yo misma he de elegir lo que compre — respondió desapaciblemente la zapatera.

Y después de examinar todos los manojos de puerros, se quedó con el que le pareció más grande, oprimiéndole contra su pecho, como las santas de los cuadros de iglesia oprimen la palma triunfal.

—Le daré setenta céntimos, y es muy suficiente. No los tengo aquí; voy a buscarlos a la tienda.

Y abrazando los puerros entró en la zapatería detrás de una mujer que llevaba un niño en los brazos.

En aquel momento el agente núm. 64 dijo por segunda vez a Crainquebille:

—No está permitido pararse.

—Estoy esperando a que me paguen — respondió Crainquebille.

—Yo no le pregunto si espera o no a que le paguen; le digo que no está permitido pararse—replicó el agente con energía.

Entre tanto la zapatera probaba en su tienda unos zapatos azules a un niño de diez y ocho meses, cuya madre tenía mucha prisa. Y las cabezas verdes de los puerros descansaban sobre el mostrador.

En medio siglo de vida laboriosa, empujando su carrito por las calles, Crainquebille aprendió a obedecer a los representantes de la autoridad. Pero en aquel caso, rodeándole circunstancias que ponían en contradicción su deber y su derecho. Falto de conocimientos jurídicos, érale imposible convencerse de que el uso de un derecho individual no le dispensaba de cumplir un deber social. Daba demasiada importancia a su derecho, que consistía en cobrar setenta céntimos, no preocupándose bastante de su deber, que le obligaba a empujar el carrito sin detenerse para no interceptar la vía pública. No se movió.

Por tercera vez el agente núm. 64, muy tranquilo y sin mostrar disgusto, le ordenó que siguiera adelante. Practicando un sistema opuesto al del sargento Montauciel, que amenaza sin cesar y no castiga nunca, el agente núm. 64 es muy sobrio en sus advertencias y pronto en sus denuncias. Tal es su carácter. Aunque un poco socarrón, es un excelente servidor y un soldado leal. Tiene la fiereza de un tigre y la dulzura de un niño. Sólo conoce sus deberes.

—¿No me oye que le digo que no se detenga?

A Crainquebille le retenía inmóvil allí una razón demasiado importante, a su juicio, para que no la creyera suficiente. La expuso con sencillez y sin arte.

—¡Rediez! ¿No le dije ya que sólo estoy esperando que me paguen?

El agente 64 se contentó con alegar:

—¿Quiere que le denuncie? Si tanto lo desea, no tiene más que indicármelo.

Al oír aquellas palabras, Crainquebille encogióse lentamente de hombros, dirigiendo a su interlocutor una dolorosa mirada que alzó después al cielo, como queriendo decir:

“Que Dios me juzgue. ¿Acaso desprecio las leyes? ¿Acaso me burlo de los decretos y las ordenanzas que rigen mi condición ambulante? A las cinco de la mañana yo estaba ya en el patio de los mercados. Desde las siete empuño las varas de mi carrito gritando: “¡Coles, nabos, zanahorias!” Tengo sesenta años cumplidos. Estoy fatigado. ¡Y me preguntan si alzo la bandera negra de los sediciosos! Eso es burlarse de mí: eso me parece una burla muy cruel.”

Bien porque no comprendiese la expresión de aquella mirada o porque no le pareciera en modo alguno excusable la desobediencia, el agente le preguntó con voz ruda y breve si le había escuchado.

Pero en aquel preciso momento la aglomeración de carruajes era grande en la calle Montmartre. Los coches de alquiler, los carromatos, los carros de mudanzas, los ómnibus y los camiones, empujándose unos a otros, parecían estar indisolublemente unidos e imparables. Y sobre su estrémecedora inmovilidad alzábanse juramentos y gritos. Los cocheros de punto cambiaban desde lejos y tranquilamente, con los carniceros, injurias heroicas; los conductores de los ómnibus, creyendo a Crainquebille causa de aquel embrollo, le insultaban a gritos.

Entre tanto, los curiosos apiñados en las aceras, deteníanse para presenciar la disputa. Y el agente, advirtiéndolo que le miraban, sólo pensó en dar una prueba de su autoridad.

—Está bien—dijo.

Sacó del bolsillo un cuadernito mugriento y un lápiz muy corto.

Crainquebille insistía en sus propósitos, obedeciendo a una fuerza interior. Además, érale ya imposible avanzar ni retroceder. La rueda de su carrito estaba enganchada en una rueda del carro de un lechero.

Tirándose de los pelos por debajo de la gorra, exclamó:

—¡Pero no le he dicho que sólo espero que me pa-

guen! ¿Acaso es un crimen lo que hago yo aquí? ¿Tengo mala suerte! ¿Demonio! Maldita sea la...

Al oír aquellas frases airadas, hijas de la desesperación y libres de insolencia, el agente número 64 se creyó insultado. Y como para él todo insulto revestía necesariamente la forma tradicional, regular, consagrada, ritual, y por decirlo claro, litúrgica, de "¡Tío sin vergüenza!", en aquella forma recogió y concretó en su oído las palabras del delincuente.

—¡Ah! Conque me llama usted "¡Tío sin vergüenza!" Está bien; sígame.

Crainquebille, en el exceso de su estupor y de su abatimiento, contemplaba con los ojos muy abiertos, abrasados por el sol, al agente núm. 64, y con su voz cascada, que parecía brotar unas veces encima de su cabeza y salir otras por debajo de sus talones, exclamaba, con los brazos cruzados sobre su blusa azul:

—¿He dicho: "Tío sin vergüenza"? ¿Yo?... ¿Es posible?

Los dependientes de comercio y los mozaibetes de la calle acogieron aquella detención con una carcajada. Satisfacía el gusto que todos los hombres sienten por los espectáculos innobles y violentos. Pero habiéndose abierto paso entre el grupo popular un anciano taciturno con levita y sombrero de copa, acercándose al agente le dijo con suavidad y energía, en voz baja:

—Usted está equivocado. Este hombre no le insultó.

—Métase usted en lo que le incumbe—le respondió el agente sin proferir ninguna amenaza, pues hablaba a un hombre correctamente vestido.

El anciano insistió con calma y tenacidad, y el agente le invitó a que fuese a explicarlo a la Comisaría.

Entre tanto Crainquebille exclamaba:

—¿De modo que yo he dicho "Tío sin vergüenza"? ¿Es posible?

Mientras pronunciaba aquellas palabras, la señora Bayard, la zapatera, dirigiase hacia él con los setenta céntimos en la mano. Pero ya el agente núm. 64, le tenía sujeto, y la señora Bayard, juzgando que nada se le debe a un hombre a quien detiene la policía, se guardó los setenta céntimos en el bolsillo del delantal.

Apareciéndosele de pronto su carro abandonado, su

libertad perdida, un abismo a sus pies y el sol nublado, Crainquebille murmuró:

—Después de todo...

Ante el comisario, el taciturno caballero declaró que detenido en su camino por una aglomeración de coches, había presenciado la escena, y afirmaba que el agente sólo por un error pudo considerarse insultado.

Dijo su nombre y sus condiciones: David Matthieu, médico director del "Hospital Ambrosio Paré", y oficial de la Legión de Honor.

En otros tiempos la declaración de un testigo semejante hubiera convencido al comisario. Pero en aquellas circunstancias los sabios resultaban sospechosos entre los franceses.

Crainquebille, cuya detención fué ratificada, pasó la noche en la Comisaría y a la mañana siguiente le llevaron a la cárcel en el coche de los presos.

No le parecía su reclusión dolorosa ni humillante. Juzgóla necesaria. Lo que al entrar le admiró más, fué la limpieza del suelo y de las paredes, y dijo:

—Como limpio es limpio. ¡Ya lo creo! Se pueden comer sopas en el suelo.

Al cabo de un rato quiso cambiar de sitio el taburete, pero advirtiendo que estaba sujeto a la pared, expresó en voz alta su sorpresa:

—¡Vaya una idea! Seguramente a mí esto no se me hubiera ocurrido.

Sentándose, jugueteaba con los dedos pulgares, haciéndolos girar uno sobre otro, y así quedóse como ensimismado. El silencio y la soledad le anonadaban. Aburríase, y pensando con tristeza en su carrito abandonado y cargado de coles, de zanahorias, de apio y de cebolletas, preguntábase ansioso:

—¿Dónde habrán metido mi carro?

El tercer día recibió la visita de su abogado, el señor Lemerle, uno de los miembros más jóvenes del foro de París, y presidente de una de las secciones de la "Liga de la Patria francesa".

Crainquebille trató de explicarle su caso, lo cual no le resultaba muy fácil porque no tenía el don de la palabra. Quizá hubiera salido del apuro si le prestaran alguna ayuda. Pero su abogado meneaba la cabeza con desconfianza a todo cuanto decía, y hojeando unos papeles murmuraba:

—¡Hum! ¡huim! no veo nada de eso en las diligencias.

Luego, con algo de cansancio dijo, atusándose el bigote rubio:

—Quizás le tendría más cuenta confesar. Yo, por mi parte, opino que su sistema de negaciones rotundas, es de lo más desastroso y contraproducente.

Desde aquel momento, Crainquebille hubiera confesado todo lo confesable, si le advirtieran lo que debía confesar.

III

CRAINQUEBILLE ANTE LA JUSTICIA

EL presidente Bourriche dedicó seis minutos largos al interrogatorio de Crainquebille. Aquel interrogatorio hubiese dado alguna luz si el acusado supiera responder a las preguntas que le dirigieron. Pero Crainquebille no tenía costumbre de discutir, y en presencia de los jueces el respeto y el temor le sellaban los labios.

Por eso guardó silencio, y el presidente, dándose a sí mismo las respuestas, que resultaron abrumadoras, dedujo:

—Es indudable que reconoce usted haber dicho “Tío sin vergüenza”.

—Yo dije “Tío sin vergüenza” porque el señor agente dijo “Tío sin vergüenza”. Entonces yo dije “Tío sin vergüenza”.

Quería explicar de qué modo, admirado por la imputación más imprevista, en su estupor, había repetido las palabras extrañas que tan falsamente le atribuyeron, a pesar de no haberlas pronunciado. Había dicho “Tío sin vergüenza” como hubiera podido decir “¿yo insultar a un agente? y ¿hay alguien capaz de creerlo?”

El presidente Bourriche no lo comprendió así.

—¿Pretende usted que el agente ha proferido esa frase primero?

Crainquebille renunció a dar explicaciones. Lo consideraba demasiado difícil.

—No insiste usted. Hace bien—dijo el presidente.

Y mandó que se presentaran los testigos.

El agente núm. 64 llamado Martín Matra, juró decir la verdad y nada más que la verdad. Luego declaró lo siguiente:

—Hallándome de servicio el veinte de Octubre a las doce, llamé mi atención en la calle de Montmartre, un individuo que parecía ser vendedor ambulante, y que teniendo su carro indebidamente parado frente al num. 328, interceptando la vía pública, fué causa de una gran aglomeración de coches.

“Le dije varias veces que siguiera su camino y se negó a obedecerme. Cuando yo le advertí que le denunciaría, me llamó “tío sin vergüenza”, lo cual me parece bastante injurioso”.

Aquella declaración enérgica y mesurada fué oída con evidente credulidad por los jueces. El defensor había citado a la señora Bayard, zapatera, y al señor David Matthieu, médico director del “Hospital Ambrosio Paré” y oficial de la Legión de Honor. La señora Bayard nada había visto ni oído. El doctor Matthieu hallábase entre la muchedumbre reunida en torno, cuando el agente ordenaba al verdulero que se marchase. Su declaración ocasionó un incidente.

—Yo presencié la escena—dijo—advirtiéndome que el agente se había equivocado; nadie le insultó. Acercándome a él se lo hice notar. El agente detuvo al verdulero invitándome a que le siguiera a la Comisaría. A lo cual obedecí, reiterando mi declaración delante del comisario.

—Puede usted sentarse—dijo el presidente—Ujier, avise al testigo Matra.

—Matra, cuando procedió usted a la detención del acusado, ¿no le hizo observar el señor doctor Matthieu que había usted oído mal?

—Estoy seguro, señor presidente, de que también me insultó.

—¿Qué le dijo?

—Me dijo “Tío sin vergüenza”.

Un rumor de risas alzóse en el auditorio.

—Puede usted retirarse—dijo el presidente con precipitación.

Y advirtió al público que si aquellas indecorosas manifestaciones se reproducían, mandaría desalojar la sala. Entre tanto, el defensor agitaba triunfalmente las mangas de la toga, creyendo todos en aquel momento que Crainquebille sería absuelto.

Habiéndose restablecido la calma, el señor Lemerle se levantó. Empezaba su defensa elogiando a los agentes de la policía, “esos humildes servidores de la sociedad que, mediante un salario irrisorio, soportan fatigas y afrontan peligros incesantes, practicando el heroísmo cotidiano. Son antiguos soldados que siguen siendo soldados. ¡Soldados! esa palabra significa...”

Y el señor Lamerle se remontó sin esfuerzo a las más elevadas consideraciones acerca de las virtudes militares. Dijo ser uno de esos “que no consienten que se ataque al ejército, al ejército nacional, en cuyas filas militaba, sintiéndose por esta razón orgulloso”.

El presidente inclinó la cabeza.

El señor Lemerle era, en efecto, teniente de la reserva. También era candidato nacionalista en el barrio de las Vieilles-Haudriettes.

Prosiguió:

—No desconozco los servicios modestos y preciosos que prestan diariamente los policías a la honrada población de París. Y no consintiera en tomar a mi cargo la defensa de Crainquebille si hubiese visto en él a un infamador del viejo soldado. Se acusa a mi cliente de haber dicho “Tío sin vergüenza”.

“El sentido de esa frase no es dudoso.

“¿Cómo lo ha dicho Crainquebille? ¿Es indudable que lo ha dicho? Permítanme que lo dude, caballeros.

“No aruso al agente Matra de tener ninguna mala intención. Pero realiza, como ya lo hemos indicado, una tarea penosa. A veces hállese fatigoso, rendido, abrumado. En tales condiciones puede ser víctima de una especie de alucinación del oído, y cuando nos dice, caballeros, que el doctor David Matthieu, oficial de la Legión de Honor y médico director del “Hospital Ambrosio Paré”, un príncipe de la ciencia y un hombre educado, le llamó también “tío sin vergüenza”, nos vemos obligados a reconocer que Matra era presa de

la enfermedad de la obsesión, y si el término no resulta impropio, de algo semejante al delirio de persecuciones.

“Pero aun cuando Crainquebille hubiera gritado ‘Tío sin vergüenza’, quedaría por averiguar si esa frase tiene en su boca el carácter de un delito. Crainquebille, el hijo natural de una vendedora ambulante, víctima de la borrachera y el libertinaje, es alcohólico de nacimiento.

“Allí le tenéis embrutecido por sesenta años de miseria. Caballeros: reconozcan en ese infeliz a un irresponsable.”

El señor Lemerle sentóse, y el presidente Bourriche, leyó entre dientes un juicio que condenaba a Jerónimo Crainquebille a quince días de cárcel y a cincuenta francos de multa. El tribunal había fundado su sentencia en la declaración del agente Matra.

Atravesando los corredores largos y sombríos del Palacio de Justicia, Crainquebille sintió una gran necesidad de afecto. Volviéndose hacia el guardia que le conducía, llamóle tres veces.

—¡Cipal!... ¡Cipal! ¡Ay, Cipal!

Y suspiró:

—¡Si hace quince días me anunciaran que había de sucederme lo que me ha sucedido!...

Luego hizo la siguiente reflexión:

—Esos señores hablan demasiado a prisa. Hablan bien, pero hablan demasiado a prisa. No puede uno entenderse con ellos... Cipal, ¿no encuentra usted que hablan demasiado a prisa?

El soldado avanzaba sin contestar ni volver la cabeza.

Crainquebille le preguntó:

—¿Por qué no me responde?

Como el soldado seguía obstinado en su silencio, Crainquebille le dijo con amargura:

—A los perros se les habla. ¿Por qué no habla usted conmigo? ¿No abre nunca la boca? ¿No teme que se le pudra la lengua?

IV

APOLOGÍA DEL PRESIDENTE BOURRICHE

ALGUNOS curiosos y dos o tres abogados salieron de la Sala después de leída la sentencia, y cuando el escribano presentaba otra causa. Los que salían no hicieron ninguna reflexión acerca de la causa Crainquebille, que no les había interesado y de la cual ya ni se acordaban. Únicamente el señor Lermite, grabador al agua fuerte, que había ido al Palacio de Justicia por casualidad, reflexionaba acerca de lo que acababa de ver y de oír.

Poniendo una mano sobre el hombro del señor José Aubarréc:

—De lo que puede alabarse Bourriche—le dijo—, es de haber sabido defenderse contra las vanas curiosidades del espíritu, y prevenirse contra ese orgullo intelectual que pretende saberlo todo. Metiéndose a examinar las contradictorias declaraciones del doctor David Matthieu y del agente Matra, el juez hubiera tomado un camino, que sólo conduce a la duda y la incertidumbre. El método que consiste en el examen de los hechos según las reglas de la crítica, es incompatible con la buena administración de la justicia. Si el magistrado cometiese la imprudencia de seguir ese método, sus juicios dependerían de su sagacidad personal, que muy a menudo es pequeña, y de la fragilidad humana, que es constante. ¿Cuál sería su autoridad? No puede negarse que el método histórico es completamente impropio para proporcionarle cuantas certidumbres necesita. Basta con recordar la aventura de Walter Raleigh.

“Un día que Walter Raleigh, encerrado en la Torre de Londres, trabajaba, según su costumbre, en la

segunda parte de su "Historia del mundo", se produjo una querrela al pie de su ventana. Entretúvose mirando a los contendientes, y cuando volvió a su tarea estaba seguro de haberlos observado muy bien. Pero al día siguiente, tratando de aquel asunto con uno de sus amigos, que habiendo presenciado la riña llegó a tomar parte en ella, éste le contradijo en todo. Reflexionando entonces acerca de lo difícil que resulta conocer la verdad de los acontecimientos lejanos, cuando es posible padecer tan manifiestas equivocaciones al juzgar lo que ocurre tan cerca de nosotros, arrojó al fuego el manuscrito de su historia.

"Si los jueces sintieran los mismos escrúpulos que sir Walter Raleigh, arrojarían al fuego todos sus autos. Y no tienen el derecho de hacerlo, porque sería por su parte, renegar de la justicia; sería un crimen semejante acción. Es preciso renunciar a saber, pero no puede renunciarse a juzgar. Los que desean que las sentencias de los tribunales estén fundadas en la investigación metódica de los hechos, son unos sofistas peligrosos y unos pérfidos enemigos de la justicia militar y civil. El presidente Bourriche tiene un espíritu de sobra jurídico para hacer depender sus sentencias de la razón y de la ciencia, cuyas deducciones están sujetas a eternas disputas. Las funda en los dogmas, y las basa en la tradición; de manera que sus juicios igualan en autoridad a los mandamientos de la Iglesia. Sus sentencias son canónicas. Quiero decir que las extrae de un cierto número de sagrados cánones. Vea usted, por ejemplo, cómo clasificó los testimonios, no según los caracteres inciertos y engañosos de la verosimilitud y de la verdad humana, sino conforme a caracteres esenciales, permanentes y manifiestos. Los pesa con el peso de las armas. ¿Puede haber nada tan sencillo y tan prudente a la vez? Considera irrefutable la declaración de un policía, prescindiendo de su flaqueza humana y considerándole metafísicamente como a un número matriculado, y conforme a los grados de la policía ideal. No es que juzgue a Matra (Sebastián) natural de Cristo-Monte (Córcega), incapaz de equivocarse. Nunca creyó que Sebastián Matra estuviese dotado de un gran espíritu de observación, ni que aplicase al estudio de los hechos un método exacto y riguroso. A decir verdad, sólo consi-

dera a Sebastián Matra como agente número 64.

“Un hombre es débil — piensa —. Pedro y Pablo pueden equivocarse; Descartes y Gassendi, Leibnitz y Newton, Bichat y Claudio Bernard han podido equivocarse. Todos nos equivocamos a cada momento. Las razones que nos inducen al error son numerosas. Las percepciones de los sentidos y los juicios del entendimiento son fuentes de ilusión y causas de incertidumbre. No debemos fiarnos del testimonio de un hombre: “*Testis unus, testis nullus*”. Pero se puede confiar en un número. Sebastián Matra, de Cristo-Monte, es débil. Pero el agente núm. 64, prescindiendo de su flaqueza humana, jamás pudo engañarse, por ser una entidad. En una entidad no hay nada de lo que hay en los hombres, turbándolos, corrompiéndolos y engañándolos. La entidad es pura, inalterable y sin mezcla. Por eso el Tribunal no ha vacilado en recibir el testimonio del doctor David Matthieu, que es un hombre, para admitir el del agente núm. 64, que es una idea pura y como un rayo de Dios penetrando en el estrado.

“Al proceder de ese modo, el presidente Bourriche se asegura una especie de infalibilidad que es a lo único que un juez puede aspirar. Cuando un hombre que declara va armado con un sable, es al sable a quien debe oírse y no al hombre. El hombre es propenso al error y puede engañarse; pero un sable se siempre hacia lo justo. El presidente Bourriche ha interpretado muy bien el espíritu de las leyes. La sociedad se apoya en la fuerza y la fuerza debe ser respetada como el fundamento augusto de las sociedades. La justicia es la administración de la fuerza. El presidente Bourriche sabe que el agente núm. 64 es una partícula del Estado. El Estado reside en cada uno de sus servidores. Disminuir la autoridad del agente núm. 64 es empequeñecer al Estado. Comer una de las hojas de la alcachofa es comerse la alcachofa, como dice Bossuet en un lenguaje sublime: “(Política de la Sagrada Escritura, *passim*)”.

“Todas las espadas del Estado están vueltas hacia el mismo punto. Poniendo unas frente a otras, se trastorna la República. Por eso el inculpado Crainquebille fué justamente condenado a quince días de cárcel y a una multa de cincuenta francos, conforme a la de-

claración del agente núm. 64. Me parece oír explicar al presidente Bourriche las razones poderosas y bellas que inspiraron su sentencia. Me parece que dice:

“He juzgado a ese individuo en conformidad con el agente núm. 64, porque el agente número 64 es la emanación de la fuerza pública. Y para comprender mi prudencia, os bastará suponer que hiciera lo contrario, y deduciréis en seguida el absurdo. Pues si yo juzgara contra la fuerza, mis sentencias no serían ejecutadas. Observad que los jueces sólo son obedecidos mientras la fuerza reside en ellos. Sin los gendarmes, el juez sería sólo un iluso. Me perjudicaría mucho si no diese la razón a un gendarme. Además, el genio de las leyes se opone terminantemente a ello. Desarmando a los fuertes y armando a los débiles, alteraríamos el orden social que nuestra misión nos obliga conservar. La justicia es la sanción de las injusticias establecidas. ¿Ha sido alguna vez opuesta a los conquistadores y contraria a los usurpadores? Cuando se alza un poder ilegítimo, para legitimarlo basta reconocerlo. Todo está en la forma, sólo cabe entre el crimen y la inocencia una hoja de papel timbrado puesta de canto. Crainquebille se hubiera salvado siendo el más fuerte. Si después de gritar: “¡Tío sin vergüenza!”, hubiese conseguido que le nombraran emperador, dictador, presidente de la República o por lo menos concejal, seguro estoy de que no le condenaran a quince días de cárcel y a una multa de cincuenta francos, y le hubieran absuelto de toda pena. Puede usted creerme.

“Sin duda expresara sus ideas así el presidente Bourriche, cuyo espíritu es jurídico y sabe lo que un magistrado debe a la sociedad. Defiende los principios con orden y método. La justicia es social. Sólo espíritus perversos pretenden hacerla humana y sensible. Se administra con reglas fijas y no con estremecimientos de la carne y luces de la inteligencia. Sobre todo, no la exijan que sea justa; no necesita serlo, puesto que es justicia, y hasta les diré que la idea de una justicia justa sólo ha podido nacer en la cabeza de un anarquista. El presidente Magnaud dicta, es cierto, sentencias equitativas. Pero se las casan y es lo que se debe hacer.

“El verdadero juez pesa los testimonios con el peso de las armas. Eso lo hemos visto en la causa Crainquebille y en muchas otras más célebres”.

Así habló Juan Lermite, recorriendo de un extremo a otro la sala de espera.

El señor José Aubarré, que conocía el Palacio de Justicia, le respondió, rascándose las narices:

—Si desea usted saber mi opinión, le diré que no supongo al presidente Bourriche remontado en alas de tan sutil metafísica. A mi juicio, admitiendo el testimonio del agente núm. 64 como la expresión de la verdad, hizo sencillamente lo que siempre vió hacer. En la imitación debemos buscar la causa de la mayoría de las acciones humanas. Ateniéndonos a la costumbre, pasaremos generalmente por hombres honrados. Se llaman hombres honrados los que lo hacen todo lo mismo que los demás.

V

DE LA SUMISIÓN DE CRAINQUEBILLE A LAS LEYES DE LA REPÚBLICA

CRAINQUEBILLE, conducido de nuevo a la cárcel, sentóse sobre el taburete de su celda, penetrado de asombro y de admiración. El mismo no se daba cuenta de que los jueces se equivocaban. El tribunal le había ocultado sus debilidades íntimas bajo la majestad de las formas. Erale imposible creer que sus razones fueran las verdaderas en contra de los magistrados, cuyas razones no había comprendido. No podía concebir que nada claudicara en tan hermosa ceremonia; porque, no frecuentando la iglesia ni el Eliseo, no vió en toda su vida nada tan grandioso como un juicio de policía correccional. Estaba seguro de no haber gritado: “¡Tío sin vergüenza!”; y que le hubiesen condenado a quince días de cárcel por haberlo gritado, era para su imaginación un misterio augusto, uno de esos artículos de fe que los creyentes admiten sin comprenderlos; una revelación complicada, esplendorosa, dulce y terrible.

Aquel pobre viejo se reconocía culpable de haber ofendido místicamente al agente número 64, como el niño que asiste al catecismo se reconoce culpable del pecado de Eva. En su sentencia le acusaban de haber gritado: "Tío sin vergüenza". Luego era indudable que lo gritó de un modo misterioso y para él desconocido. Transportábase a un mundo sobrenatural. Su sentencia era su apocalipsis.

Si no se formaba una idea clara del pecado, se la formaba menos clara aún del castigo. Su condena le había hecho el efecto de un acto solemne, ritual y superior, de "algo" resplandeciente que no se comprende, que no se discute, y de lo cual no hay ni que lamentarse, ni que vanagloriarse. Si en aquel momento hubiera visto al presidente Bourriche caer del techo con una aureola en la frente y dos alas, no se hubiera sorprendido de aquella nueva manifestación de la gloria judicial. Hubiérase dicho: "Continúa mi asunto".

Al día siguiente su abogado fué a visitarle.

—Bien, amigo, ¡no ha salido mal del todo! ¡Animo! Dos semanas pasan en seguida. No podemos quejarnos.

—Es cierto que los jueces han estado muy suaves y muy correctos. ¡Ni una frase insultante! No lo hubiera creído. Y el cipal se había puesto guantes blancos. ¿No lo ha reparado usted?

—Pensándolo despacio, realmente hicimos bien en confesar.

—Es posible.

—Crainquebille: tengo una buena noticia que darle. Una persona caritativa, a quien he interesado por usted, me ha entregado cincuenta francos, que dedicaremos a pagar la multa que le han impuesto.

—Entonces ¿cuándo me entregará usted los cincuenta francos?

—Los entregaré en la escribanía. No se preocupe.

—Lo mismo da. Sea como sea, dé las gracias en mi nombre a esa persona caritativa.

Y Crainquebille, pensativo, murmuró:

—Lo que me sucede no se repite con frecuencia.

—Está usted equivocado, Crainquebille.

—¿Podría usted decirme dónde guardan mi carrito?

VI

CRAINQUEBILLE ANTE LA OPINIÓN PÚBLICA

CRAINQUEBILLE ya fuera de la cárcel, empujaba su carrito por la calle de Montmartre gritando: “¡Coles, nabos, zanahorias!” No estaba ni orgulloso ni avergonzado de su aventura. Tampoco conservaba un recuerdo aflictivo de ella. En su espíritu, aquello tenía algo de teatro, de viajes, de ensueño. Sobre todo, agradábale ir pisando lodo por las calles de la ciudad, y ver sobre su cabeza el cielo lluvioso y sucio como el arroyo, el cielo de su país. En todas las esquinas deteníase para beber un trago; y luego, alegre y libre, habiéndose escupido las manos para lubricar sus callosas palmas, empuñando las varas empujaba el carro, mientras que a su paso los gorriones, madrugadores y pobres como él, que buscaban su vida en el malecón, huían en bandadas al grito familiar de: “¡Coles, nabos, zanahorias!” Una vieja curiosa que se le acercó le decía manoseando los apios:

—¿Qué le ha sucedido, señor Crainquebille? Hace ya tres semanas que no se le ve por aquí. ¿Ha estado usted enfermo? Le encuentro un poco pálido.

—Voy a decírselo, señora Mailloche; he vivido como un rentista.

Nada ha cambiado en su vida, a no ser que entra en la taberna más a menudo que de costumbre, porque se figura que es fiesta y que ha entablado relaciones con personas caritativas. Vuelve un poco alegre a su desván. Tendido en el jergón, se cubre con los sacos que le ha prestado el vendedor de castañas de la esquina y que le sirven de mantas; y reflexiona: “No hay motivo para quejarse de la cárcel: allí dan todo lo nece-

sario. Pero de cualquier modo, uno está mejor en su casa”.

Su alegría duró poco.

Pronto advirtió que sus parroquianos le ponían mala cara.

—¿Quiere buen apio, señora Cointreau?

—No necesito nada.

—¿Cómo que no necesita nada? Me figuro que no se alimentará usted del aire.

Y la señora Cointreau, sin responderle, entraba con mucha dignidad en la panadería, cuyo despacho regentaba. Las tenderas y las porteras, poco antes asiduas en torno de su carrito verde y florido, se apartaban ya de él. Habiendo llegado a la zapatería del “Angel de la Guarda”, punto donde comenzaron sus aventuras judiciales, llamó:

—Señora Bayard, señora Bayard: me debe usted setenta céntimos del otro día.

Pero la señora Bayard, que estaba detrás del mostrador, no se dignó volver la cabeza.

Toda la calle de Montmartre sabía que Crainquebille acababa de salir de la cárcel, y nadie en la calle Montmartre le reconocía. La noticia de su condena había-se extendido por todo el barrio, llegando hasta la esquina de la calle de Richer. Allí, a eso de las doce, vió a la señora Laura, su constante y bondadosa parroquiana, inclinada sobre el carro del joven Martín. Tenía en la mano un repollo. Sus cabellos brillaban al sol como abundantes hilos de oro retorcidos. Y el joven Martín, un insignificante, un indecente, le juraba, con la mano puesta sobre el corazón, que no había mejor mercancía que la suya. Aquel espectáculo destrozó el alma de Crainquebille. Empujando su carro contra el del joven Martín, dijo a la señora Laura con voz lastimera y fatigada:

—No es justo que me abandonen así.

La señora Laura, como ella misma lo reconocía, no era una duquesa. No era en sociedad donde se había formado una idea de la prevención y de la cárcel. Pero se puede ser honrada en todos los oficios, ¿no es cierto? Todos tenemos nuestro amor propio, y a nadie le gusta tratar con un individuo que sale de la cárcel. Solamente por eso respondió a Crainquebille con

desprecio marcado. Y el viejo vendedor ambulante, sintiendo la afrenta, rugió:

—¡Anda, so pendona!

La señora Laura, dejando caer su verde repollo, exclamó:

—¡Largo de abí, viejo chocho! ¡Acaba de salir de la cárcel y se permite insultar a las personas decentes!

Crainquebille, en circunstancias normales, no reprochaba, sin duda, a la señora Laura su condición. Sabía muy bien que no siempre se hace en el mundo lo que se quiere, que no se escoge el oficio, y que en todos los estados hay gente buena. Acostumbraba a ignorar prudentemente lo que hacían sus parroquianas, no despreciando a nadie. Tres veces llamó a la señora Laura "pendona, pécora y desarrapada". Un grupo de curiosos agolpóse en torno de la señora Laura y de Crainquebille, que cambiaron aún algunas injurias tan solemnes como las primeras, y que hubieran seguido insultándose largo rato, si un agente, apareciendo de pronto, no les comunicara, inmóvil y mudo, su silencio y su inmovilidad. Se separaron. Pero aquella escena acabó de desacreditar a Crainquebille en la opinión del barrio de Montmartre y de la calle Richer.

VII

LAS CONSECUENCIAS

EL pobre viejo seguía su camino refunfuñando.

—Es una lagartona; no hay mujer más lagartona en el barrio.

Pero en el fondo de su alma no era eso lo que la reprochaba; no la despreciaba por ser lo que era. Más bien la estimaba, sabiéndola económica y hacendosa. En otro tiempo hablaban los dos con mucho gusto, recordando ella a sus padres que vivían en el campo. Y uno y otro manifestaban los mismos deseos de cultivar

un huertecillo y criar gallinas. Era una buena parroquiana. Al verla comprando repollos al joven Martín, a un indecente, le había dado un vuelco el corazón; y al advertir que fingía despreciarle, se le subió la sangre a la cabeza.

Lo peor era que los demás también le trataban como a un tiñoso. Nadie quería reconocerle. Lo mismo que la señora Laura, la señora Cointreau, la panadera, y la señora Bayard, del "Ángel de la Guarda", le rechazaban. ¡Todo el mundo!

Luego, por haber estado en la cárcel quince días, ya no le perdonaban ni que vendiera puerros. ¿Era eso justo? ¿Era de sentido común hacer morir de hambre a un hombre honrado porque tuvo una disputa con un agente de Orden público? Si no le permitían vender verduras, ya solamente le quedaba el recurso de morir-se.

Como el vino mal acondicionado, agriábase. Después de haber tenido "algunas palabras" con la señora Laura, discutía con todo el mundo. Por lo más mínimo les decía cuatro descaros a las compradoras. Cuando sobaban mucho la mercancía las llamaba sencillamente reparonas y cicateras; en la taberna peleábase con todos los compañeros. Su amigo el vendedor de castañas no le reconocía, diciendo que Crainquebille se transformaba en un verdadero puerco espín. No puede negarse que se volvía incongruente, trasnochador, borracho y crapuloso. Hallando la sociedad imperfecta, y teniendo menos facilidad que un profesor de la Escuela de Ciencias Morales y Políticas para expresar sus ideas acerca de los vicios del sistema y de las reformas necesarias, protestaba de aquel modo; sus pensamientos no se desarrollaban en su cerebro con orden y medida.

La desgracia le volvió injusto. Vengábase en aquellos que no le deseaban ningún mal y con frecuencia en seres más débiles que él. Una vez dió un bofetón al hijo del tabernero porque le preguntó si se estaba bien en la cárcel, añadiendo además:

—Chiquillo: tu padre sí que debiera estar en la cárcel por enriquecerse vendiendo veneno.

Acción y palabras que no le honraron; pues, como el castañero se lo demostró justamente, no debe pegarse a un niño, ni hablarle mal de sus padres, porque nadie ha elegido a sus padres.

Dedicóse a beber, y cuanto menos dinero ganaba más aguardiente bebía. Económico y ordenado en otro tiempo, maravillábase él mismo de aquel cambio.

“Nunca fui derrochador — se decía —. Es posible que al envejecer se vuelvan los hombres menos razonables”.

A veces juzgaba severamente su mala conducta y su pereza:

“Mi buen Crainquebille, ya sólo sirves para empinar el codo”.

Otras veces engañábase a sí mismo, persuadiéndose de que bebía por necesidad.

“Es preciso que de cuando en cuando beba un trago de vino para tomar fuerzas y refrescarme. Seguramente algo me abrasa por dentro, y la bebida es muy refrescante”.

Con frecuencia no llegaba a tiempo al mercado, pudiendo adquirir sólo verduras marchitas que recibía prestadas. Una vez, sintiéndose las piernas flojas y el corazón oprimido, dejó su carro en la cochera y pasó todo el santo día de Dios dando vueltas en torno del puesto de Rosa la mondonguera, y de todos los puestos del mercado. Por la noche, sentado sobre un canasto, dióse cuenta de su abatimiento. Recordó su esfuerzo varonil y sus antiguos trabajos, sus grandes fatigas y sus lucros afortunados, sus jornadas innumerables, monótonas y laboriosas; sus paseos de noche esperando la hora en que abren el mercado, las verduras cogidas a brazadas y dispuestas con arte en el carrito, el café caliente de la tía Teodora bebido a escape y en pie empuñando al mismo tiempo una vara; su grito agudo como el canto de un gallo, que desgarraba el aire matinal, su carrera por las calles populosas, su vida inocente de rucio humano, que durante medio siglo llevó en su comercio ambulante a los ciudadanos abrasados por el insomnio y las preocupaciones, la cosecha lozana de los huertos; y meneando la cabeza dijo:

—¡No! No tengo las fuerzas que tenía. Estoy muerto. Tanto va el cántaro a la fuente que al fin se rompe. Y desde aquel altercado con la justicia mi carácter se agrió. No soy el mismo, ¡vaya!

En fin, sentíase abrumado, impotente. Un hombre así es un hombre caído e incapaz de levantarse. Todos los que pasan le pisotean.

VIII

LAS ÚLTIMAS CONSECUENCIAS

LLEGÓ la miseria, la triste miseria. El viejo vendedor ambulante, que en otro tiempo ganaba en el barrio de Montmartre las monedas de cinco francos a manos llenas, no tenía un céntimo. Era en invierno.

Arrojado de su desván, durmió bajo los carros en una cochera. Habiendo llovido durante veinticuatro días, los canalones desbordaron y la cochera se inundó.

Acurrucado en su carrito sobre las aguas mortíferas, entre arañas, ratas y gatos hambrientos, en la obscuridad, meditaba.

No habiendo comido en todo el día, y sin otro abrigo que los sacos del vendedor de castañas, recordó las dos semanas durante las cuales el Gobierno le dió cama y comida. Envidió la suerte de los presos, que no tienen ni frío ni hambre, ocurriéndosele una idea.

Puesto que ya conozco el recurso, ¿por qué no emplearlo?

Y levantándose, lanzóse a la calle. Serían las once de la noche. El tiempo estaba desagradable y triste. Invadía el espacio una niebla más penetrante y más fría que la lluvia. Algunos transeuntes circulaban, arriados a la pared.

Crainquebille bordeó la iglesia de San Eustaquio, metióse por la calle de Montmartre, solitaria. Un guar-

dia de Orden público permanecía quieto en la acera, junto a la iglesia, bajo un farol; veíase caer en torno de la llama una lluvia rojiza que el agente recibía impasible sobre el capuchón. Su aspecto era lastimoso; pero bien porque preñiese la luz a la obscuridad, o bien porque se sintiera cansado de andar, permanecía bajo aquel farol, que tal vez juzgaba como un acompañante, un amigo. Aquella temblorosa llama era su distracción única en la noche triste. Su inmovilidad no parecía del todo humana; el reflejo de sus botas en la acera mojada, semejante a un lago, prolongaba su figura, dándole desde lejos las apariencias de un monstruo anfibio sumergido por mitad en el agua. Viéndole más de cerca, con su capuchón y su sable ofrecía cierto aspecto monacal y militar. Los duros rasgos de su rostro, agrandados por la sombra que proyectaba el capuchón, mostrábanse resignados y machientos. Era su bigote muy poblado, corto y gris.

Crainquebille, acercándose suavemente a él, con voz débil y vacilante, le dijo:

— ¡Tío sin vergüenza!

Luego esperó el efecto de aquella frase infalible. Pero no fué tomada en consideración.

El agente permaneció inmóvil y mudo, con los brazos cruzados bajo la esclavina impermeable. Sus grandes ojos, muy abiertos en la obscuridad, contemplaban a Crainqueville con tristeza, vigilancia y desprecio.

Crainqueville, admirado, pero conservando un resto de energía, balbuceó:

— ¡Tío sin vergüenza! Le llamo tío sin vergüenza.

Hubo un momento de silencio, durante el cual caía la lluvia fina y roja y reinaba una obscuridad glacial. Por fin el agente habló:

— No debe usted decir eso... No debe usted decir palabrotas. A su edad debiera tener más prudencia... Siga su camino.

— ¿Por qué no me detiene usted? — preguntó Crainquebille.

Y el policía, meneando la cabeza bajo su capuchón humedecido, respondió:

— Si tuviéramos que detener a todos los vagabundos que dicen lo que no deben decir, sería cuento de no acabar... ¿Y de qué serviría?

Crainquebille, anonadado por aquel desprecio mag-

nífico, permaneció mucho rato atónito y mudo, con los pies en el arroyo. Antes de alejarse quiso dar una explicación:

—Realmente no es a usted a quien he llamado “tío sin vergüenza”. Lo dije con otras miras. Mi propósito no era insultarle.

El agente respondió con austera dulzura:

—Sea cual fuere su propósito, no debe usted decirlo; porque cuando un hombre cumple con su deber sufriendo grandes fatigas, no se le debe insultar con palabras fútiles... Le ruego que siga su camino.

Crainquebille, con la cabeza baja y los brazos caídos, desapareció bajo la lluvia en la obscuridad silenciosa.

Biblioteca de la Academia Argentina de Letras

ÍNDICE

	PÁGS.
INTRODUCCIÓN	3
I. CRAINQUEBILLE	5
II. LA AVENTURA DE CRAINQUEBILLE	7
III. CRAINQUEBILLE ANTE LA JUSTICIA	12
IV. APOLOGÍA DEL PRESIDENTE BOU- RRICHE	16
V. DE LA SUMISIÓN DE CRAINQUEBI- LLE.....	20
VI. CRAINQUEBILLE ANTE LA OPINIÓN	22
VII. LAS CONSECUENCIAS.....	24
VIII. LAS ÚLTIMAS CONSECUENCIAS.....	27

Argentina de Letras



DIRIGIDAS POR LEOPOLDO DURÁN

EDICIONES MÍNIMAS

CUADERNOS PUBLICADOS:

AÑO PRIMERO

- | | |
|------------------------|---|
| 1. ALMAFUERTE | Evangélicos |
| 2. RABINDRANATH TAGORE | Poemas |
| 3. JUAN B. JUSTO | Labor Periodística |
| 4. JUAN PEDRO CALOU | Breviario de los Trietas |
| 5. LAO-TSÉ | El Libro del Sendero y de la Línea Roja |
| 6. RUBÉN DARÍO | Cabezas |
| 7. OSCAR WILDE | Balada de la Cárcel de Reading |
| 8. LEOPOLDO LUGONES | Cuentos |
| 9. EDGAR POE | Las Campanas y otros poemas |
| 10. JOSÉ INGENIEROS | Psicología de la Curiosidad |
| 11. CLEMENTE ONEILLI | Aguafuertes del Zoólogo |
| 12. ANDRÉS TERZAGA | Líneas |

AÑO SEGUNDO

- | | |
|----------------------------------|--------------------------|
| 13. RAFAEL ALBERTO ARRIETA | Canzones y Poemas |
| 14. ALMAFUERTE | Amorosas |
| 15. E. HERRERO DUCLOUX | Del Diario de mi amigo |
| 16. JOSÉ ENRIQUE RODÓ | Parábolas |
| 17. M. MEDINA BETANCORT | Meditaciones |
| 18. RABINDRANATH TAGORE | Poemas |
| 19. MARIANA ALCOFORADO | Cartas Amatorias |
| 20. GIOVANNI PAPINI | La oración del buzo |
| 21. JOSÉ INGENIEROS | La Intimidad sentimental |
| 22. FRAY MOCHO (José S. Álvarez) | Cuentos |
| 23-24. RAFAEL OBLIGADO | Santos Vega |

AÑO TERCERO

- | | |
|-------------------------|---------------------|
| 25. JUAN MONTALVO | Prosas |
| 26. GIOSUÉ CARDUCCI | Odas Bárbaras |
| 27. AGUSTÍN ALVAREZ | Ensayos y Anécdotas |
| 28. ANTON CHEKHOFF | Ojos con Sueño |
| 29. GOYCOECHEA MENÉNDEZ | Páginas Selectas |
| 30. ANATOLE FRANCE | Crainquebille |

Cuaderno de próxima publicación:

ANTOLOGÍA (1915-1918)

de FERNÁNDEZ MORENO.

Biblioteca de la Academia Argentina de Letras

SUBSCRIPCIONES:

SEMESTRE \$ 1.50 m/n. — AÑO \$ 5.00 m/n

Número suelto 0.35 centavos

„ atrasado 0.40 „

OFICINAS: SÁENZ PEÑA, 178 — BS. AIRES.